

Juan Sebastián de Elcano

Nacido en Aia de Getaria se mueve oscuramente por los mares de Andalucía con su pequeña nao de 200 toneles. Probablemente tomó parte en las empresas africanas de principio de siglo. Se vio obligado a vender su nave, ahogado por empréstitos y por retrasos en el pago por parte de la Corona. Y la vendió a un extranjero, lo que estaba rigurosamente prohibido. Las naos vascas eran muy cotizadas en el Sur y su venta y reventa producían buenos ingresos. Acaso huyendo de la quema, se enroló en la expedición de Magallanes. Iba de maestre de la Concepción, de la que era contra maestre Juan de Acurio. Era una pequeña nao de 90 toneles, que formaba la flota juntamente con la Trinidad, San Antonio, Santiago y la Victoria. El 20 de septiembre de 1519 partían hacia la aventura, lo incierto: el descubrimiento de un paso de mar hacia el Oriente, hacia el lejano Cipango. Era el propósito de Magallanes. Tras tocar Tenerife, bordearon la costa del actual Brasil en busca del mar explorado por Salís. El desencanto fue enorme cuando descubrieron que el estuario del Plata no era el paso soñado, sino la desembocadura de un inmenso río. A partir de aquel punto comenzaba lo desconocido, lo intuitivamente deseado, el frío cada vez más intenso, el malestar en la marinería, el punto de retorno o no retorno, la soledad y lo inhóspito, las visitas de la muerte. Magallanes parecía guardar su secreto y se mostraba inflexible: había que proseguir. Hubo conjuras y motines, de los que no estuvo ausente el propio Elcano.

Prosiguieron rumbo al Sur y allí les esperaba lo más angustioso: la travesía inacabable del Estrecho, que hoy lleva el nombre de Magallanes. Duró meses hasta que, por fin, vieron la salida al ancho mar desconocido. Llevaban un año de navegación. Habían perdido la nao Santiago y había desertado la San Antonio. Los hombres estaban agotados. Tardarían meses en topar con alguna isla perdida. El escorbuto, efecto de la avitaminosis, la falta de víveres y el agotamiento, empezaron a hacer mella en la tripulación, de la que sólo un centenar largo llegó a las Filipinas. Fue una proeza y su mérito corresponde a Magallanes, que hizo lo que jamás había hecho nadie: buscar el paso entre el Atlántico y el Pacífico.

Pero Magallanes murió trágicamente en la emboscada y matanza de Cebú. La Trinidad estaba inservible, sólo podía navegar la Victoria. De ella, cargada con especias, se hizo cargo Elcano. Rehacer el viaje de vuelta en sentido contrario les espantaba. Seguir la ruta del Índico, ya conocida por los portugueses, les estaba vedado y consiguientemente era un viaje políticamente peligroso.

Optaron por esto segundo, saliendo de Timor el 11 de febrero de 1522. Salieron más de doscientos hombres, llegaron a destino sólo 18. Ya era una proeza coronar los miles de millas que les separaban de Sevilla. Aún más el hacerla sin topar con los portugueses. Es verdad que ya de vuelta tocaron puerto en Cabo Verde, mas ocultaron su secreto y hasta se tuvieron que dar a la fuga. El 6 de septiembre de 1522 llegaban a San Lúcar de Barrameda y poco después a Sevilla. Eran los primeros hombres que habían dado la vuelta al mundo por mar. La responsabilidad –y el honor– fueron de Elcano. Elcano, antes que nada, cumplió la promesa hecha en días aciagos: rindió viaje ante Santa María la Antigua de Sevilla. Luego comunicó el éxito al Emperador. Éste le llamó a su presencia con esta preciosa carta:

"El Rey

Capitán Juan Sebastián del Cano. Ví vuestra letra que me escribistes de San Lúcar, en que me hacéis saber vuestra llegada en salvamento con la nao nombrada La Victoria, una de las cinco naos que fueron al descubrimiento de la especería, de que he holgado mucho por vos haber traído nuestro Señor en salvamento y le doy por ello infinitas gracias.

Y porque yo me quiero informar de vos muy particularmente del viaje que habéis hecho y de lo en él sucedido, vos mando que luego que esta veáis, toméis dos personas de las que han venido con vos, las más cuerdas y de mejor razón, y partáis y vengáis con ellos donde yo estuviere: que con este correo escribo a los oficiales de la Casa de Contratación de las Indias que os vistan y provean de todo lo necesario a vos y a las dichas dos personas. Y cuando vinéredes, traeréis con vos todas las escrituras, relaciones de autos que en el dicho viaje habéis hecho".

El documento original, maltrecho, no deja leer bien los párrafos siguientes, mas lo que se lee es elocuente: "veintena parte que nos pertenece... a quintaladas". Pensaríamos que el Emperador pensaba ya en cobrar, antes que en pagar, pero el final de la cédula remedia las cosas:

"Yo he por bien, acatando vuestros servicios y trabajos, de vos facer merced e por la presente vos la hago de la dicha quarta parte de la dicha veintena, si a nos pertenece, de las dichas vuestras cajas aquintaladas, e mandamos a nuestros oficiales de la Casa de Contratación de la especiería que vos no impidan ni lleven cosa alguna de la dicha quarta parte et veintena...
En los trece hombres que vos fueron tomados en las islas de Cabo Verde, yo he mandado proveer para su liberación lo que conviene."

Sí. Quedaron olvidados a punto de terminar el viaje y los ha olvidado injustamente la historia. No sabemos qué fue de ellos, mas hay que suponer que llegaron a la Península y aunque no gozaron de la gloria y los festejos sino "al humo de las velas", a ellos corresponde igualmente el mérito de haber circunnavegado el mundo, con lo que fueron 31 los supervivientes o, al menos, los que coronaron la empresa.

A Valladolid fue el hijo de Getaria, poco avezado a pisar alfombras palaciegas. No conocemos la entrevista de Elcano con Carlos V. En Getaria se suele celebrar un simulacro solemne de la arribada de Elcano a Sevilla. Hace muchísimos años asistió a la ceremoniosa fiesta el Rey Alfonso XIII. Cuando saludó al que hacía de Elcano, ofreciéndole la mano y preguntándole "¿cómo está Ud.?", el presunto Elcano le contestó, sin rñirarle a la cara: "Mal, te hemos andado en el Pasífico". ¿Cómo se expresaría el Elcano auténtico ante Carlos V, previamente bien trajeado para la ocasión? En defecto de la cinta que registrase tal conversación, poseemos la carta que le dirigiera al Emperador desde San Lúcar. La publicó, como tantas otras cosas, el fabuloso erudito chileno Toribio José Medina en texto italiano y la reprodujo, traducida al castellano, José de Arce. Es soberbia en su laconismo:

"Muy alta e Ilustrísima Majestad

Sabrà vuestra alta Majestad cómo hemos llegado diez y ocho hombres solamente con una de las cinco naves que V.M. envió a descubrir Especiería con el Capitán Magallanes, que haya gloria. Y porque V.M. tenga noticia de las principales cosas que hemos pasado, con brevedad escribo ésta y digo..."

Refiere con la frialdad de un cosmógrafo los pasos de la proeza, cómo alcanzaron los 54º bajo la línea equinoccial y pasaron un estrecho de cien leguas hacia la India, empleando tres meses en ello sin topar más que dos islas deshabitadas, para llegar luego a las Filipinas. "Faltónos por su muerte el dicho Capitán Fernando de Magallanes con muchos otros". Al ir quedando pocos deshicieron una de las tres naos y con las otras dos llegaron a las islas del Maluco, donde las cargaron. Una de las naos tuvo una vía de agua y perdieron la oportunidad de zarpar.

"Resolvimos, o morir, o con toda honra servir a Vuestra Majestad para hacerle sabidor de dicho descubrimiento, partir con una sola nave, estando en tal estado por causa de la broma que sólo Dios sabe."

La broma era un molusco acéfalo que se introducía en las maderas bañadas por el agua de mar y las destruía. Con nao tan poco apta emprendieron el retorno, visitando islas del Indico en que tomaron sándalo, jengibre, nuez mascada y otras especias. El retorno fue penosísimo y en la misma medida heroico:

"Habiendo partido de la última de aquellas islas, en cinco meses, sin comer más que trigo y arroz y bebiendo sólo agua, no tocamos en tierra alguna por temor al Rey de Portugal que tiene ordenado en todos sus dominios de tomar esta Armada a fin de que V.M. no tenga noticia de ella, y así se nos murieron de hambre veinte y dos hombres; por lo cual, y la falta de vituallas, arribamos a la isla de Cabo Verde, donde el Gobernador de ella me apresó el batel con trece hombres y quería llevarme junto con todos mis hombres en una nave que volvía a Calicut de Portugal cargada de especiería, diciendo que sólo el Rey de Portugal podía descubrir la Especiería. Pero resolvimos de común acuerdo morir antes que caer en manos de los portugueses. Y así con grandísimo trabajo de la bomba, que de día y de noche no hacíamos otra cosa que echar fuera el agua, estando tan extenuados como hombre alguno lo ha estado, con la ayuda de Dios y de Nuestra Señora, después de pasados tres años, dimos fondo. Por tanto, suplico a V.M. que provea con el Rey de Portugal la libertad de aquellos hombres que tanto tiempo le han servido, y más sabrá V.M. que aquello que más debemos estimar y tener es que hemos

descubierto y dado la vuelta a toda la redondez del mundo, que yendo para el Occidente hayamos regresado por el Oriente.

Suplico a V.M. por los muchos trabajos, sudores, hambre y sed, fríos y calor que esta gente ha padecido en servicio de V.M., les haga merced de la cuarta y la veintena de sus efectos y de lo que consigo traen. Y con esto ceso, besando los pies y manos de vuestra Alta Majestad.

Escrita a bordo de la nave Victoria. en Sanlúcar, a seis días de Septiembre de 1522.
El Capitán Juan Sebastián de Elcano."

No habla de sí, sino de la empresa colectiva, en que tantos no volvieron. Estima la supervivencia y sobre todo el placer único del descubrimiento codiciado, "yendo para el Occidente hayamos vuelto por el Oriente", y que, por lo tanto, ha dado la vuelta "a toda la redondez de la tierra". Antes que nada pide en favor de los que quedaron presos en Cabo Verde. Tal recuerdo, en momentos en que la embriaguez de la gloria propicia los olvidos, le honra y ennoblece. Y pide colectivamente para todos el premio de sus trabajos.

Para presentarse ante el Emperador, Elcano escogió por compañía a Francisco Albo y Fernando Bustamante, no al reportero de la expedición, el italiano Pigafetta, admirador de Magallanes cuanto rencoroso con Elcano, al que envolvió en silencio. Malignamente concluye su Relación, diciendo que "después de un viaje de tres años, la que fue su capitana Victoria –el "su" se refiere a Magallanes– volvió a Sevilla, habiendo dado la vuelta al mundo". ¡Como si hubiera vuelto teledirigida por el gran marino portugués!

La gloria de Elcano es única e irreplicable. Además de rematar el viaje de tres años, volvió desde el Maluco a Sevilla sin tocar tierra alguna, detalle importantísimo que acrecienta el mérito de la proeza. Con ello abría rutas que otros podrían seguir las, conocido ya el camino. Demostraba experimentalmente la redondez de la tierra. Ah!, y descubrió al término del viaje que llevaban un día de diferencia respecto al calendario con el que zarparon.

Todo ello fue reconocido e inmortalizado en el escudo de armas que le concedió el Emperador, donde una leyenda gloriosa rodea el globo terráqueo y los palos de canela, nueces moscadas y clavos de especiería: *Primus circumdedisti me*. Comparten la gloria otros diez y ocho, más los trece que quedaron en Cabo Verde. Mas por algo Elcano los llama "mis hombres". Suya fue la responsabilidad.

Todo hay que decirlo. Elcano quiso sacar de su gesta ventajas más tangibles que la gloria: la capitania de alguna Armada que fuese al Maluco, la tenencia de alguna fortaleza en aquellas islas, el hábito de Santiago –como se concedió a Magallanes–, alguna ayuda para sus parientes, que eran pobres y le habían ayudado en la empresa. Nada obtuvo, sino una pensión de quinientos ducados al año. Nunca los cobró y años más tarde seguían reclamando el pago sus parientes.

Mas, la llamada del mar es más fuerte que la de la gloria. Y Elcano se enroló en la expedición de Loaisa poco tiempo después. Esta vez arrastró consigo a otros vascos. Sus hermanos Martín y Antón, como piloto y ayudante de piloto; su cuñado Santiago de Guevara, que iba por Capitán del patache Santiago. El mondragonés Hernando de Guevara, el elgoibarrés Martín Iñiguez de Carquizano, un grumetillo de Ordizia, cuyo nombre pasaría a la historia: Andrés de Urdaneta. Partieron de La Coruña el 24 de julio de 1525. Esta vez fueron derechos hacia el Estrecho recién descubierto, aunque pasaron peligros de muerte en su segunda travesía. Sus acantilados terribles y los movimientos del mar les hicieron temer lo peor. ¡Cuánta angustia condensada en esas frases que se redactan a peligro pasado!: "No podíamos escapar ninguno de nosotros, aunque fuera de día ... Toda la gente clamaba pidiendo misericordia". Naufragó una nave, ernbarrancó otra, una tercera perdió contacto con la flota. Cincuenta días duró la travesía. ¡Cómo sería la isla que llamaron de la Desolación!

La muerte hizo estragos en la Armada, convertida en casi un cementerio flotante. Afectó al jefe Loaisa, también a Elcano. Este dictaba testamento en la inmensidad del Pacífico:

"En la nao Victoria, en el Mar Pacífico, un grado de la línea equinocial, a veinte e seis días del mes de jullio, año del Señor de mill e quinientos e veinte e seis .. El Capitán Juan Sebastián del Cano, vecino de

Getaria, estando enfermo en la cama de su cuerpo e sano de juicio ... temiéndose de la muerte, ques cosa natural..."

Prodigiosamente se conserva hoy día este testamento cerrado, otorgado en semejante escenario. Al final del mismo lo firman un puñado de vascos congregados al efecto: Carquizano, Gorostiaga, Uriarte. Za vala, Guevara, Aleche. El último, con clara letra, Andrés de Urdaneta. Desde la lejanía, la mente y la imaginación de Elcano vuelan hacia Getaria y su entorno. Dispone sus honras fúnebres en San Salvador de Getaria, deja mandas a las ermitas y santuarios de Itziar, Aránzazu y el Juncal, a la Magdalena, San Gregorio, Santa Engracia, San Pelayo, San Antón, a los franciscanos de Sasiola ... Mandas, es verdad. dispuestas sobre los dineros que Su Majestad le debía y que no obligarían a los albaceas hasta que fuesen cobrados. Dispuso de sus ropas y utensilios: una esfera roma del mundo, un libro llamado Almanaque en latín, otro de astrología. A Urdaneta le dejó un jubón de tafetán plateado. Dejaba por heredera a su madre, por primer testamentario al Jefe de la expedición, García de Loaisa. Loaisa moría en el mar cuatro días después. Al abrirse la plica secreta del Emperador, se nombraba sustituto y jefe a Elcano. El sueño imposible cobraba cuerpo en aquel trance. "Otrosí, muriendo el dicho Comendador Loaisa, mandamos que venga por Capitán general de la dicha Armada Juan Sebastián de Elcano". El honor llegaba a la par con la muerte. Loaisa murió el 30 de julio. Elcano, moribundo, capitán general por pocos días, el 6 de agosto. Lo anotó Urdaneta en su Diario: "Lunes, a seis días de agosto, falleció el magnífico señor Juan Sebastián de Elcano". Su cuerpo quedó en aguas del Pacífico.

(Tellechea Idígoras, J.I.: "Vascos y mar. Los de la fama", *Itsas aurean. El País Vasco y el mar a través de la historia*, Untzi Museoa-Museo Naval, Donostia, 1995, pp.147-159).